

Mairym Cruz Bernal

Fragmentos de una misma

1.
mujer de piedra
fría piel glacial
 Isla quieta
te cubro con mi mejor manta
pequeñas hilachas de oro triturado
piedra que penetra la piedra
doblada
nada soy ante tu cueva de garganta
pensar en mí mientras te miro
hace borrarame

2.
tu voz mujer mía
un trueno
alfabeto de luz
tacho decir *luna llena*
tu voz abre la palma de mis manos
poesía derramada mujer mía

3.
olores de la madera
no acostumbro a abrir
 dejar entrar
pero ese olor
ocupa la punta de mis dedos
columpia el sudor de mis pechos
feromonas que ya no desean
estás dentro de mi casa
pero mi casa está en el afuera
todo tú y ese olor
enunciado del mundo

4.
de qué estás hecha mujer polvo de vidrio
azulosa
mares tragados en tu vagina
de qué estás hecha
metida materia entre las rocas

tengo hambre de tus sustancias
cuando una tiene hambre
se dobla
y todo es
 hambre de carne

5.
a qué sabes blanca crema de cacao
semén dulce derramado sobre mi lengua
semén del calvario
semén mamífero
mujer de semén tibio derramado
somos la misma raza insumisa
bajo ningún hombre me acuesto
suelto las letras
alfabeto rebelde entre las piernas
ya en mí
toda en mí
pero no sé escribir la caída

Ulises Picco

Hasta abrir en duración

Como alza en la tempestad
el petrel su vuelo circular
a lo ancho girando en idas y vueltas del turbión
los ultranautas por centrífugas escalas
cordón de un sol umbilical
ascendentes sobrepasan

los enceguecientes laberintos
los espejismos deslumbrantes
los destinos solitarios arcaicas servidumbres
enajenadas vidas camuflados homicidios

para intentar ejercer su sabiduría itinerante
hasta abrir en duración los náuticos pioneros
los esquivos entremuslos de mica
de un riesgoso mapamundi
desde tímpanos de historia

76

Cuando magnético poro cada uno entre todos
seamos del pellejo esférico del globo
de las violentas
se despojará el tiempo caderas del embrión
de su cobertura numeral: tal desnudez la saciedad

Cuando gobiernen el mundo
los apóstoles de una sabiduría sin cotizaciones
por indiferibles corazones
el hombre comenzará a llegar
por esperable gestación
saldrá de esta prehistoria

hacia poliédricas edades

La simetría del reencuentro
podrían dar las despedidas

Margarita Sastre de Balmaceda

BREAKTHROUGH

Se me escapa

la brisa

inexorablemente.

(Mi cuerpo

es la barrera)

Y ese mundo

tan tierno

y tan voluminoso

de todos los colores

y de todas las formas

de todos los olores

no lo puedo alcanzar

¡ni con manos abiertas!

Ayúdame —Señor—

a encontrar un sendero

un camino

una vía

para salir de mí

¡y entrar en tu universo!

Margarita Sastre de Balmaceda

Esta mañana

un ruiseñor

volaba

en medio

de la nada

y de pronto

lo vi

posarse

entre las luces

de un semáforo.

Dime:

pájaro de mi ensueño

¿qué prefieres —

el fuego rojo

o la esperanza verde?

Y tú también

contesta

esta pregunta

(si quieres).

Carmen Ángela López Álvarez

La otra guagua aérea

A Luis Rafael Sánchez por regalarnos su versión de “La guagua aérea”. A Luis Molina Casanova por brindarle vida a esta versión de Sánchez en la pantalla grande. A todos aquellos que se hallan lejos de su terruño...sea por la razón que sea.

Cuando llamaron por el altavoz para abordar el avión, salí corriendo--como prófugo en medio de la persecución policiaca--para ocupar mi asiento lo antes posible. Yo no podía darme el lujo de perderlo. Quería irme ya y cerrar--de una vez por todas--un capítulo tan triste de mi vida. Por ello, me aterraba la idea de una cancelación o de un atraso. La ruta me era hartamente conocida, pero esta ocasión me resultaba distinta...un boleto de ida y sin regreso. Me acababa de montar en otra guagua aérea sin ilusiones y sin promesas para errar en un mismo lugar.

Mientras se preparaba el avión para la partida, miraba por la ventana con la esperanza inútil de que los asientos contiguos estuvieran vacíos. No deseaba hablar con nadie...Si abría la boca, explotaría como una olla de presión--sin válvula--de la que se escaparían el dolor, la rabia y la frustración ante la forzosa salida de mi patria querida.

Después de media hora de acomodar a los pasajeros, apareció en mi fila una señora con un niño--al parecer, su nietecito--de unos cinco o seis años. La saludé con los ojos sin esforzarme demasiado. Sin preguntarle, me contestó que se iba para los Estados Unidos a vivir con su hija que le había encargado al nene en lo que se instalaba en su nuevo hogar. Añadió resignada: “Me voy de aquí porque la cosa está mala”.

Previo al despegue, los pasajeros siguieron--bovinamente y en silencio--las instrucciones de las azafatas. Nada de algarabía, ni de vacilón. Imperaba un ambiente de solemnidad y de duelo. Partió el vuelo y traté de dormir, aunque solo lo logré a ratos. Al despertar, quería convencerme que lo del éxodo apresurado no era más que una pesadilla o una alucinación. Con un brinco del aparato, me sacudí la modorra y advertí que el autodesierto constituía mi dura realidad. También quería llorar y no podía. Hubiera sido admitir tácitamente un estrepitoso fracaso y ya no tengo veinte años...Luché por quedarme...lo intenté y me cerraron todas las puertas. Lo que sucede es que ya mi Isla del Encanto se ha tornado en un Edén inhabitable...no hay entusiasmo, no hay trabajo y la corrupción campea. Se ha perdido la inocencia y la alegría.

Ante la imposibilidad de comer (Ahora no sirven más que chucherías a sobrepago en estos viajes), de descansar y de que el avión se estrellase (que hubiera sido más digno...o menos cobarde), me dediqué a examinar a mis compañeros de travesía. Varias filas delante de la mía, había una mujer con gafas oscuras que lucía un suéter con cuello de tortuga y mangas largas. Buscaba ocultar los golpes de la paliza que le propinó su marido--un policía de alto rango--que la dejaron color púrpura. Durante la crisis, fue en pos de ayuda y se la negaron. Para que el hombre no la matara, tuvo que agarrar la poca ropa que encontró y montarse en el primer vuelo disponible. La acompañaba su fiel amigo...un gay maravilloso que aspiraba a la tolerancia y a casarse por “allá” porque por “acá” no se lo permitían y no encajaba en ningún sitio.

Detrás de mí, estaba un cuarentón deprimido. Bajo la azotea de su cabeza, ostentaba tantos títulos universitarios y oficios que no era chiste. Llevaba años básicamente desempleado y de chiripa en chiripa. Entre los gastos cotidianos, las deudas y las exigencias de una ex que lo desangraba con la

pensión (de los hijos manganzones y de ella que no daba un tajo), estaba al borde del suicidio y se compró un pasaje “para probar suerte”. Total, mientras él había convertido en trabajo el encontrar trabajo, su vecina del edificio tenía de todo y bueno--casa, carro, comida, teléfono, plan médico y uñas largas acicaladas por la vagancia-- y no hacía nada. Vivía convenientemente cebada por el mantengo al que se han hecho acreedores los pocos listos que quedan en el país. De verdad, que no hay justicia....

En la parte trasera del avión, me topé con una cincuentona--avejentada por el exceso de sufrimiento--con sus dos hijos mayores con impedimentos. Ella sencillamente se hartó de la “burrocracia” de la Isla. Desde que sus hijos eran pequeños, los trataron como un estorbo social. Pasaron de escuela en escuela--como papas calientes--y se enfrentaron al discrimen por ser “retardados”. Los maestros y los administradores le machacaban que se largara con sus hijos para los Estados Unidos porque “aquí no hay nada para ellos”. El día menos pensado, ella se empantalonó y armó el zafarrancho del siglo en una de esas oficinas donde siempre la despachaban con “un vuelva usted mañana”. Los mandó a todos para el mismísimo carajo y les instó a que se metieran sus servicios de mierda por donde mejor les cupieran. Aunque se sintió un tanto redimida por su pequeño desquite, le afligía profundamente el empezar de nuevo, a su edad.

A su lado, un dominicano infiltrado se mostraba inquieto. Había burlado al Servicio de Inmigración en el aeropuerto. Tras una estadía de unos pocos meses, supo que la Isla del Encanto no era sino la Isla del Espanto. Su odisea en yola no había valido la pena...cero visa para un sueño. Optó por arriesgarse en un viaje al Norte en vez de permanecer en un espacio tan inhóspito donde lo percibieran como “el negrito del batey”. Con él, se desahogaba una viejita que lo dejó todo atrás. A ella y a su marido no le alcanzaban los chavos del retiro y los pillos habían hecho fiesta con su casita en varias oportunidades. Su único hijo--veterano de varias guerras--había fallecido y ya nada los ataba a su tierra. Le aseguraba: “Prefiero morirme del frío o de la artritis antes que me mate un dichoso criminal. Estoy cansada de vivir con miedo”.

Aparte de unos cuantos turistas con insolación, los únicos andaban contentos en este grupo eran tres pasajeros de la remota primera clase. El primero era un exgobernante--con la sonrisa embalsamada en el rostro--que se había robado hasta los clavos de la cruz durante su incumbencia. Para la fortuna del maldito, una oscura universidad pseudoliberal en el culo de las montañas de Pennsylvania le había otorgado un jugoso contrato para ofrecer esporádicamente conferencias sobre “buen gobierno”. Tanto él como su “distinguida familia”, se darían vida de reyes y hablarían en inglés. Los otros eran dos jóvenes recién graduados de los mejores colegios del país. Ambos estudiarían un bachillerato en cualquier cosa para luego regresar a Puerto Rico y mandar en la compañía de sus papis. Dada la novedad y el supuesto glamour de una universidad americana, iban emocionados hasta el punto que habían perdido de perspectiva la probabilidad del racismo y del “shock cultural”. De eso, no los salvaba ni el médico chino...aunque fueran “blanquitos” y dominasen el difícil. Ellos ni se imaginaban que sus papis estaban haciendo de tripas corazones para no declararse en quiebra y que sus matrículas las pagaron con sus últimos ahorros.

Sumida en mis cavilaciones, me percaté que--poco a poco--la nave iba descendiendo... El corazón me dio un vuelco. No sabía si hacía frío o calor en mi destino. Las ruedas del tren de aterrizaje chillaron bruscamente en la pista. Nadie aplaudió, ni había prisa para bajarse. Como un oso perezoso, me levanté de mi asiento y me desplazé por el pasillo de la otra guagua aérea. Había llegado e internalicé con pesar que no había marcha atrás. Algo muy grande se había roto dentro de mi ser. Casi a punto de tomar posesión de mi “nueva vida”, retrocedí levemente para despedirme de algo que no podía explicar y--sin que nadie me viera--enjuagué una furtiva lágrima....